
LA TERRIBLE SOLEDAD DEL SABER

Gabriel Restrepo

Profesor de la Universidad Nacional

Resumen

Restrepo, Gabriel. "La terrible soledad del saber", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 127-136

Este ensayo glosa uno de los frentes de trabajo más afines a Jesús A. Bejarano: la historia y el análisis de la ciencia y de las profesiones, en este caso de la economía. El eje de estos comentarios es la relación entre ciencia económica y poder, partiendo de la queja de Bejarano ante la falta de reflexión crítica sobre este tema, y considerando además su parábola vital como un ejemplo de tensión dramática entre saber y poder, dada la estructura política de Colombia.

Abstract

Restrepo, Gabriel. "The terrible solitude of knowledge", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 127-136

This essay discusses one of Bejarano's favorite fields of study: the history and analysis of science, as applied to economics. The main line of argument is determined by the relation between economic science and power, which in Bejarano's opinion had not been adequately considered. His life is taken as a parable of the dramatic tension between knowledge and power within the political structure of Colombia.

El optimismo edificante, ese bálsamo artificial que los ilusos se empeñan en hacernos ingerir como antídoto contra las dosis cotidianas de cicuta administradas por la resaca de una debacle estructural, es derrotado por la misma gravedad trágica de los hechos. Esas provisiones de prestidigitación teledirigida provienen de las culebrones televisados (ahora es el caso de "Betty la Fea"), de las campañas salvíficas ("apague dos minutos la luz por la paz") y de la perpetua retórica del poder.

No hallo mejor ejemplo de ese fármaco —semejante al loto, por el cual los compañeros de Ulises olvidaban el regreso a la realidad— que el gran malabarismo realizado el año pasado por la Cámara de Comercio de Bogotá —una cámara oscura, según se ha revelado en la prensa, y por oscura, iluminante, como ocurre con el revelado de la fotografía—, cuando convocó a una decena de 'personalidades' —a falta de sociedad civil, las máscaras relucen— con el fin de adoptar una pose confiada en el porvenir de una nación deshecha.

Entre los convocados figuraba Jesús Antonio Bejarano. Terrible ironía, porque nada más ajeno a su talante que el juego de abalorios consistente en endulzar el futuro, juego casi rayano a ese vicio nacional de la adivinación mágica: curioso pensar que en este país el presidente tiene uno o dos economistas de cabecera y un par de brujos a su lado, como si el conjuro de éstos contrarrestara la incertidumbre de los primeros.

No es que Chucho fuera cínico, aunque, como todo escéptico que ha probado la condición humana en sus momentos de revelación máxima; no por azar fue negociador de paz y supo qué se otorgó a cambio de qué y cómo se realizó ese trueque, se acercaba y quizás traspasaba a veces ese límite, a veces impreciso o tenue, que separa el desdén por una situación trágica, del jolgorio de quien participa en la comedia que esa misma tragedia evoca.

Por ello, en su intervención en la Cámara —una de sus últimas exposiciones— se adivinaba entre líneas el esfuerzo por ser optimista aunque rodeara toda

predicción feliz de miles de condicionales. Un esfuerzo burlado por el mismo 'destino', pues entre la intervención y la publicación, quienes urden la guerra habían designado a los títeres que ejecutarían la obra negra del asesinato de Bejarano.

La Rebeca, la Revista de la Cámara de Comercio, salió a la luz después del crimen con simétrica vergüenza a la estatua bogotana de la que toma su nombre, pues nada podría contradecir más el propósito edificante de la revista como el asesinato de uno de los convocados a pensar con fe y entusiasmo el porvenir.

Pero el asunto, lejos de ser trivial, evoca a modo de síntoma una de las tragedias de quien se dedica al oficio del pensamiento en este bendito país. Es, en suma, precisar qué hace un saber específico frente al poder. Este enigma es más dramático en la economía que en ninguna otra disciplina y tanto más cruel en la medida en que, como Jesús Bejarano lo pensara una y otra vez, esta disciplina ha dejado de reflexionar sobre sus relaciones con el poder político.¹

Una breve arqueología del poder en Colombia señalaría tres grandes instrumentos sucesivos y a veces superpuestos de su ejercicio: la retórica, la economía y el dispositivo de la imagen. El primero, corresponde a lo que Ángel Rama [1984] denominó la "ciudad letrada", que llegó a su culmen en Colombia con los presidentes gramáticos, cuyo paradigma fue Marroquín.

Era el poder ejercido en cadena por el Rey, el Virrey —epígonos decimonónicos, los presidentes y vicepresidentes— y los encomenderos —o hacendados—, mineros y comerciantes, por medio de las 'escrituras'. Éstas, en sus acepciones religiosas —encarnadas en el cura o en el escritor— tipificaron el dominio de la cultura. En su cara secular —representada por el notario o el abogado— entrañaban el dominio de la tierra o de los bienes.

Ya se sabe a donde condujo la retórica ("Es flaca sobremanera/la humana condición,/pues en más de una ocasión/sale lo que no se espera"): a la guerra de los mil días y a la amputación de Panamá. De ahí el llamado de uno de los últimos presidentes oratorios y escribanos al *respice polum* y a todo lo que esta vocación apuntaría años más tarde: la misión Kemmerer y el giro hacia un fundamento más preciso de la dirección económica del país.

La gramática del siglo XX es la economía. Sin este código, distinto del anterior —aunque en el poder su manejo se superponga— cosa pública es algarabía y estrépito. Pero, notable hecho, quien, por encima de Pedro Nel Ospina y de

1 Por ejemplo citando a Bejarano [1997, 228] "Es notable en todo caso, la ausencia de análisis político en relación con los temas económicos en la mayoría de las universidades y por supuesto en FEDESARROLLO, y la débil presencia de los temas de la agricultura, el medio ambiente y otros, relevantes en las circunstancias actuales del país."

Olaya, prohió un pragmatismo y cierta modernización del país, e, incluso, un cierto progreso en el asomo a las ciencias y a la técnicas —menos decisivo de lo que la loa le atribuye—, Alfonso López Pumarejo, fue reacio a la institución de la economía como profesión, esto es: a su erección como pensamiento independiente.

Según Kalmanovitz, “la fundación del Instituto (de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional) atravesó por muchas dificultades, incluyendo la incompreensión (*isic!*) del presidente de la República, Alfonso López Pumarejo, quien siendo banquero él mismo le preguntó a [Antonio] García si no había suficientes financistas en el país formados en la escuela de la vida comercial y bancaria” [1993, 25].

Frente a esta actitud, es curioso, aunque comprensible, que una de las vías regias de inclusión tardía en la órbita del poder adoptada por muchos historiadores y economistas de la generación a la que pertenezco haya sido lustrar la memoria de López Pumarejo, cuando se comprueba, con datos a la mano, que la Revolución en Marcha fue una revolución a medias. Como otros,² Jesús Antonio Bejarano ofrendó ese incienso.³

Revolución a medias, no sólo por esta resistencia a la institución de una profesión como la economía, celada en el fondo porque extrañaba ceder a advenedizos una clave de oro del nuevo poder, sino también por su posición ante la Iglesia, la tierra y la educación. Por ejemplo, el gasto en educación nunca sobrepasó el bajo nivel de los gobiernos anteriores y ello se tradujo en la perduración del mísero grado promedio de escolaridad por persona que se mantuvo hasta 1950 [Duarte 1995, Presidencia–DNP 1991].

Por ello, más que del esfuerzo pionero de Antonio García, se necesitaría del efecto demostración de un extranjero, Lauchlin Currie, para que la economía se instituyera poco a poco como profesión en los cincuenta y ello con una oposición encarnizada a los entonces llamados “economistas jóvenes”, acaso deajo de la temprana desconfianza de López Pumarejo [CIE 1965, Aristizábal 1982].

Después de Antonio García y de Lauchlin Currie [1964, 1966], quizás no haya otro economista que iguale a Jesús Antonio Bejarano en la labor de consolidación institucional de la profesión en el país. Cuando quien esto escribe era Director del Departamento de Sociología, en 1977, él lo era del entonces Depar-

2 Precedidos por Luis Eduardo Nieto Arteta y Jaime Jaramillo Uribe.

3 Comprensible, porque la memoria del padre se evocaba desde la posición del hijo, Alfonso López Michelsen, antiguo profesor de la Universidad Nacional, literato crítico del ‘sistema’ (*Los elegidos*), disidente (MRL) y, en fin, presidente que, como el padre, podría ser reelegido y formar, como su progenitor y Gaviria, años más tarde, una generación política de relevo, extraída de ese difuso magma de los ‘intelectuales’.

tamento de Economía. Compartimos el tedio de una morosa Facultad de Ciencias Humanas en la cual naufragaban cerca de catorce satélites.

A él se debe que tras esa maraña de mediocridades, se erigiera como ente autónomo la actual Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, de la que luego sería decano. Pero no sólo tomó esta decisión, sino que, a partir de entonces, sería uno de los pensadores más destacados en esa tarea colectiva de consolidar los estudios sociales sobre las ciencias y las profesiones, iniciada años antes por Jaime Jaramillo Uribe y que hallaría cierta consagración en la Mención Especial concedida en 1994 por la Fundación Ángel Escobar a los nueve tomos de *Historia social de la ciencia en Colombia*, de la cual Bejarano fue colaborador, con un ensayo afín a sus demonios [Bejarano 1993].

Un resultado maduro de esta línea de trabajo en la historia del saber científico y de las profesiones fue el ensayo, ya reseñado, sobre "La investigación económica en Colombia". Bien fundado en teoría pertinente y en sólidos hechos, el artículo resume al mismo tiempo ese saber imponderable que procede de una experiencia bien meditada (aquella que comienza a asumir el sentido del laberinto de la propia vida). Decía allí que: "No hay en Colombia la carrera académica propiamente dicha; hay ciclos de vida de algunos académicos que por diversas razones no persisten en sus programas de investigación" [Bejarano 1997, 231].

Bejarano sabía de qué hablaba. Hacia 1986 había interrumpido su etapa académica para participar como asesor del Plan Nacional de Rehabilitación y luego como Consejero de Paz, labor tras la cual sería embajador en un país centroamericano y presidente de la SAC. Y pese a que en esta actividad práctica guardara consistencia, lo mismo que en otras tareas conexas —diagnósticos sobre el sector agrario— pues todas expresaban su obsesión por el problema agrario como fuente de violencias, pasaron más de diez años antes de su decisión de regresar a la Universidad Nacional: una década crítica que si bien puede enriquecer una vocación práctica, empobrece o mengua el oficio académico como tal.

El dilema de escoger entre la ciencia y la política es tan viejo como el oficio de un pensamiento sistemático. Por lo menos fue formulado ya desde *La ética a Nicómaco*, cuando Aristóteles plantea como paradoja el no saber del hombre dedicado a la *polis* y el no saber hacer de quien se entrega al pensamiento de la misma. Maquiavelo actualizó en el inicio de la modernidad la alternativa.

Tocqueville postuló en su libro *L'ancien régime* la diferencia en el siglo XVIII entre los intelectuales franceses, retirados de toda tarea práctica, y los ingleses, comprometidos en tareas administrativas. Atribuyó a los primeros un pensar utópico, sin el freno que entraña conocer las limitaciones empíricas de todo poder, y a los segundos un pensamiento realista, dispuesto a las transacciones.

Max Weber llevó la distinción al máximo discernimiento, en un ensayo del cual entre nosotros se cita solamente la receta del Estado como "comunidad

humana que, dentro de un determinado territorio... reclama... para sí el monopolio de la *violencia física legítima*, sin pasar a la distinción que más adelante inicia el fino argumento cuando dice: "o se vive 'para' la política o se vive 'de' la política". Y mucho menos a toda la relación que el pensador alemán establece entre los oficios burocráticos (militar, abogado, literato, periodista) y "el elemento 'carismático' de todo caudillaje" [Weber 1967, 83,95,130].

Ese "elemento carismático de todo caudillaje" es lo que hoy constituye el manejo de la imagen, antes representada en el teatro inmediato de la política (el 'Palacio', la Plaza), hoy mediada por la televisión. El ladino general Rojas fue el primero que supo usar ese medio como fuente de poder, aunque sus alocuciones remedaban la oratoria propia de la radio. Betancur —con la tradición del culebrero— lo hizo de un modo más calculado, pues adobó la dosis de imagen y palabrería ("Listo Medellín, cabina ocho") con las encuestas de opinión, toda la tradición de la estadística nacional puesta al servicio de los íconos. El actual presidente encarna, como heredero de uno de los primeros presidentes de profesión economista, el tránsito y, a la vez, la entropía de los códigos retóricos y tecnocráticos hacia la fuente por excelencia del poder actual: el superfluo pero efectivo maquillaje de la televisión.

En un país donde el promedio de escolaridad es de seis años, un saber académico competente en una ámbito profesional será incitado por miles de cantos de sirenas a dejar la reclusión de los claustros académicos, tanto más si éstos carecen de poder o de autonomía reales. Esta es la razón de fondo para aquello que Bejarano describe tan bien, sin explicarlo —aunque sugiriéndolo con su retorno a la Universidad— cuando hablaba de los ciclos vitales y se refería a "algunos académicos que *por diversas razones* no persisten en sus programas de investigación" (cursivas del autor).

¿Qué puede hacer un académico en el poder? El asunto depende de la constitución o estructura de la política. En el siglo pasado, ser profesor universitario era un elemento de prestigio, desde que Santander usara su capacidad histriónica para inaugurar o cerrar cielos académicos con sus venerandas capas. Por supuesto, ser profesor universitario era apenas uno entre muchos atributos de un 'hombre de bien' —concepto proveniente de las democracias censatarias— que ante todo debía ser capaz de vivir 'de' la política y 'para' la política: la diferencia no es poca, pues quienes sólo viven 'de' la política constituyen la inmensa red de gamonales, manzanillos y lagartos —la inmensa telaraña de la clientela— mientras que quienes viven 'para' la política —acumulando bienes, sobretodo en un país pobre— se erigen como *tótems* u oráculos (si además ejercen 'dinastía' por un sistema de alianzas familiares) o caciques de la misma, si su poder sólo es ejercido en un gran territorio, pero carecen de la imagen o del prestigio del *tótem*, aunque éste los adocene con el servicio exterior.

Pero en el siglo XX —el siglo del 'cambalache'— ser profesor universitario en América Latina a lo sumo alcanza para ser vicepresidente (hoy símbolo de la

antigua Gran Colombia). Sólo por chiripa (Ecuador, Perú), o por tradición tecnocrática (Brasil), un académico podrá acceder a la presidencia, dados los promedios de educación y, ante todo, dada la textura de la ilustración ciudadana.

No por azar la imagen pública de Bejarano fue sometida al escarnio de un caricaturista agudo, proveniente del partido conservador, quien lo llamó “el divino rostro”: una versión anterior del tema que ahora recrea el culebrón de “Betty la Fea”, en el que una astuta economista se entrega a la imposible fantasía de ser seducida por un sádico *yuppi* que reina en el mundo de la moda.

Un saber tan consistente como el de Chucho debía incomodar cuando se apareaba con todo el dejo de aquello que se significa cuando se llama ‘palacio’ a la muy humilde Casa de Nariño. Dejos del Virreinato, porque entonces el saber de los criollos se estrellaba, entonces como ahora, contra el límite marcado por la ‘pureza’ de sangre (real, noble o hijodalgo), de apellido, de religión, de lengua, de territorio.

A falta de democracia, allí donde la política todavía tiene un carácter cuasi estamental —en un país con una estructura de producción rentista— el poder derivado del saber de un académico es casi supernumerario. Apenas hubiera dado, y así lo ensoñaba Jesús Bejarano como una personal utopía y con todo el sentido de la ironía y de la literatura que él poseía, para ser gobernador de su ínsula Barataria.⁴

Amarga comprobación, de la que, sin embargo, destilaría de su alambique personal ese elixir precioso de un saber trágico.

Es la mejor manera de apreciar el significado de su andanada contra la consultoría publicada en la revista *Innovar* [Bejarano 1996]. No pocos se extrañaron de la posición del antiguo decano: ¿acaso él no había mamado de la ubre de esa demanda aleatoria de ese cliente por excelencia que es papá Estado?

Pero lejos de ver en sus irrefutables argumentos una posición oportunista, debería leerse allí la lucidez de quien comenzaba a elaborar lo que un pensador

4 Más que predicar la afición de Chucho por el bolero y la salsa o por esa fantasía de las ‘nenas’ —esos compendios de la tragedia y la banalidad de América Latina— preferiría exaltar su afición por la literatura y lo que ella encierra de carnavalesco y de lúdico. Sus compañeros de bachillerato cuentan que una de sus ensoñaciones era reescribir la Biblia. Cuando estudiaba en la Universidad, era contortulio de escritores como Rafael H. Moreno D., con quien compartía la burla a la solemnidad huera de las izquierdas en la versión criolla de ese mayo del 68 tan necesario de desmitificación. En los setenta perteneció a un equipo de fútbol recocha, llamado, por burla, los “Platónicos”, en el que jugaba como eximio mediocampista Mario Arrubla: la lentitud casi saturnina de Chucho —lerdo pero acerado puntero izquierdo— sopesaba la rapidez mercurial de Arrubla.

llama la “conciencia del fracaso”, esa sabiduría que extrae de la derrota de la vida las verdades más perdurables [López 1987].

Sin ninguna ingenuidad, pues estaba al tanto de lo que entrañaba el giro posmoderno como devaluación de un saber absoluto y, sobre todo, como relativización de todo saber y, más aún, como destino efímero del producto de un experto frente a la flotación de los sentidos y al poder aleatorio del mercado [Bejarano 1996, 52-53], Bejarano indicaba hasta dónde podía llegar la consultoría, cuando: “quien paga diseña la naturaleza del problema y el alcance de las respuestas en función del interés práctico de las mismas”. En esto, el ensayo es reiterativo, insistente, redundante. Pues lo esencial para él era saber: “quién define el problema: el cliente, o la comunidad científica” [Bejarano 1996, 52].

Ahora bien, el ensayo “La investigación económica en Colombia”, no puede ser más lúcido: no existe esa comunidad científica. La argumentación es contundente: los economistas colombianos no dialogan, no se leen, no se critican. Apelan al gran Otro, al Amo o Maestro del pensamiento situado allende o en ultramar. El ejercicio de la escritura académica es en buena medida por ello un soliloquio o un servicio a destajo, cuyo rédito muchas veces es la ubicación de un informe técnico en un anaquel. No existe el suficiente peso específico de una comunidad de pensadores que pueda contraponer la dignidad y la fuerza de una investigación de largo aliento, autogobernada por sus propias preguntas, a los caprichos de una administración presidencial que será siempre un adjetivo, aunque importante como todo calificativo, de esa duración que se llama Estado [Bejarano 1997, 231].

Por ello, el regreso de Jesús Bejarano a la Academia adquiere el carácter de un renacimiento, pero su asesinato en las Aulas lo trasmuta en el sentido dramático de una tragedia.

En esta triste Nueva Granada y en esta lánguida región de América Latina, tan poblada por caciques, se habla con frecuencia de la soledad del poder. Pero hay otro otoño, no del Patriarca sino del sabio; el que la bala cegó, cuando Bejarano —ese Melquíades que regresa al cabo de cien años de soledad— estaba dispuesto a decir toda su verdad y se disponía a entonar la melodía de su vida, como en el mito del canto del cisne.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristizábal, Rodrigo. 1982. “Historia vernácula de la planeación”, mimeo, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1993. “Notas para una historia de las ciencias agropecuarias en Colombia”, Quevedo [1993, 361-459].
- Bejarano, Jesús A. 1996. “Notas sobre la investigación y la consultoría: fragmentos de un proyecto”, *INNOVAR* 8, julio a diciembre, 51-54, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1997. “La investigación económica en Colombia” *Cuadernos de Economía* 27, 221-243, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional, Bogotá.

- Centro de Investigaciones Económicas. CIE. 1965. "Estudio sobre el desarrollo de la Facultad de Ciencias Económicas: 1952- 1970", mimeo, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Currie, Lauchlin. 1964. "La enseñanza de la economía en Colombia", Universidad Nacional de Colombia, mimeo, Bogotá.
- Currie, Lauchlin. 1966. "Estudios sociales en la Universidad Nacional", Universidad Nacional de Colombia, mimeo, Bogotá.
- Duarte, Jesús H. 1995. *State education and clientelism in Colombia*, Tesis de cumplimiento de los requisitos para el Ph.D. en Política, Facultad de Estudios Sociales, Universidad de Oxford, Trinity Term.
- Kalmanovitz, Salomón. 1993. "Notas para una historia de las teorías económicas en Colombia", Quevedo [1993].
- López Pedraza, Rafael 1987. *Ansiedad cultural. Cuatro ensayos de psicología de los arquetipos*, Psicología Arquetipal, Caracas.
- Presidencia de la República-DNP. 1991. *La Revolución Pacífica. Plan de desarrollo económico y social 1990-1994*, IMPREANDES, Bogotá.
- Quevedo, Emilio, coordinador. 1993. *Historia social de la ciencia en Colombia*, tomo IX, 13-30, COLCIENCIAS-Tercer Mundo, Bogotá.
- Rama, Angel. 1984. *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hannover.
- Weber, Max. 1967. *El político y el científico*, Alianza, Madrid.